

Elena Fortún

Celia en el mundo

Dibujos de Molina Gallent



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1992

Tercera edición: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Herederos de Encarnación Aragoneses

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1992, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-196-1

Depósito legal: M. 15.673-2018

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	I
17	II
23	III
29	IV
35	V
42	VI
48	VII
54	VIII
61	IX
67	X
73	XI
79	XII
86	XIII
92	XIV
99	XV
106	XVI
112	XVII
118	XVIII
124	XIX
131	XX
137	XXI
143	XXII
150	XXIII
157	XXIV

164	XXV
171	XXVI
177	XXVII
183	XXVIII
189	XXIX
196	XXX
202	XXXI
208	XXXII
214	XXXIII
220	XXXIV
226	XXXV
232	XXXVI



Ya no está Celia en el colegio. Su tío Rodrigo se la ha llevado a Madrid, a su casona triste y un poco desolada de la calle de Serrano, a vivir entre Maimón, el morito absurdo, y Basilides, con su lechuzca.

Celia tiene nueve años. Va a ver «mundo» y a adquirir experiencias por su cuenta. La casa triste, los amigos de su tío, los paseos, las visitas, la peña del café, la playa del verano serán los lugares de sus aventuras.

Va a vivir mucho tiempo sin amigos de su edad. Sólo vosotros, los que la habéis seguido desde que tenía siete años, vais a asistir al desenvolvimiento de esta niña, que pronto dejará de serlo.

Aún la veréis pasar por extraordinarias aventuras, hasta acostumbrarse a vivir en este mundo, tan poco razonable, que llama a las cosas con nombres equivocados, habla con frases hechas, rechaza los cuentos de los niños y admite los que las personas mayores han inventado a capricho... Los ojos de Celia se van ensanchando de admiración. Oídla a ella.

Celia dice...

I



La casa de tío Rodrigo es grandota y destartalada. En ella vivimos, además del tío y yo, Maimón, el morito; Basíldes, la cocinera, con su lechuza, y mi gata *Pirracas*.

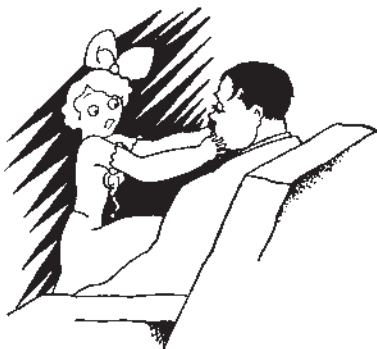
Según dice el tío, yo me estaba volviendo tonta en el colegio con las madres, y me ha traído a ver *mundo*.

No a ver el mundo, no, sino a ver *mundo*, que es otra cosa, de la que yo no había oído hablar nunca y que confundía con la Tierra.

—Títo, no te enfades y escúchame. El mundo ya lo he visto, te lo aseguro. Era una bola grandísima que había en la clase de Geografía...

¿Creéis que me escucha? Pues no. Se pone como un demonio y no atiende lo que le digo.

—¡Si ya lo decía yo! ¡Si te estaban embruteciendo en ese colegio! ¡Ahora eres como una salvaje de la Polinesia!... Es cosa sabida. Al que no le da Dios hijos, el diablo le da sobrinos...



Y sigue gritando hasta que me asusto, o hago que me asusto y me echo a llorar. Entonces el tío se desespera.

–¡Vaya!... ¡El salvaje soy yo, que no sé tratar con criaturas! Ven aquí, hermosa, y no me hagas caso.

Me sienta en sus rodillas y ya, con más calma, hablamos.

–Títo, guapo. No quiero que te enfades. Yo seré buena y haré lo que quieras. ¿Que quieres que vea el *mundo*? Pues vamos a verlo, que a lo mejor me gusta.

–Claro, hija, claro. Tus padres han tenido la culpa de todo, por dejarte en aquel colegio de soldados...

–¿Soldados? No, títo, yo no he visto allí ningún soldado.

–Pues ¿qué me dijiste el día que te traje?

–¡Era una bobada de María Luisa! Además, lo dije para que no escandalizaras. ¡Como tienes ese genio!

–Bueno, soldados o monjas... A mí me da igual.

–Pues no se parecen en nada. ¡Bien se conoce que no las has visto!

–Ni ganas... Porque has de saber que a mí no me había escrito tu padre que te sacara de allí, y que yo iba a verte, sencillamente, a hacerte una visita.

–¿Sí? ¡Huy, lo que va a decir papá cuando lo sepa!

–Que diga lo que quiera. Yo no podía dejarte con aquella tropa... El jardinero me dijo que te habías escapado; tú, que te habías convertido en caracol; tu amiguita, que la madre era un soldado, y qué sé yo qué locuras más...

–Todo era mentira... Yo me acuerdo mucho de la madre San José.

–¡Bueno! ¡Estamos bien! Esto me pasa a mí por meterme a redentor... Yo aquí, fastidiado, y tus papaítos, en el otro mundo, papando moscas...

–¿Tú crees? ¿Es que hay muchas?

–¡Basíldes! –llama el tío–. Venga usted a vestir a la niña, que vamos a salir.

Porque el tío ha decidido que, para que yo vea mundo y me despabile, necesito salir con él a todas horas.

Basíldes viene refunfuñando y me viste.

–¡Buena tecla nos ha caído con la niña! ¡A la vejez, vi-ruelas, y sarampión con ellas!

Porque todas las cosas que dice Basíldes son así; pegan bien, pero no con lo que se habla.

Bajamos el tío y yo a la Castellana por la acera del sol. El tío dice:

–¡Corre, niña, corre delante de mí y no seas sosa! ¿No ves cómo juegan todas?

Yo no me atrevo a decirle que es porque van con sus hermanos y no solas, como yo.

Y corro... Al pasar junto a otras niñas, veo que me miran extrañadas. Entonces hago como si fuera sola, muy

deprisa, a alguna parte. Al llegar a la esquina espero al tío antes de cruzar la calle.

–¿Ves qué bien? Así, así tienes que hacer siempre.

Vuelvo a correr y a esperarle, hasta que el mismo tío se da cuenta de que este juego es de lo más aburrido.

–¿Pero es que no sabes jugar? ¿Por qué no saltas o haces otras cosas?

¡Dios mío!, ¿sí querrá que me suba a los árboles?

Al fin, llegamos a la Castellana, y, en lugar de ir por el paseo, que es de tierra y va poca gente por él, nos metemos en la acera entre los demás, como si fuéramos en procesión.

El tío se quita el sombrero a cada paso, porque conoce a todo el mundo. Yo también los voy conociendo. Son los mismos de Garibay, del cine del Callao, del Retiro y de las Calatravas.

–Mira, tío: las dos cotorras verdes ahora van de encarnado.

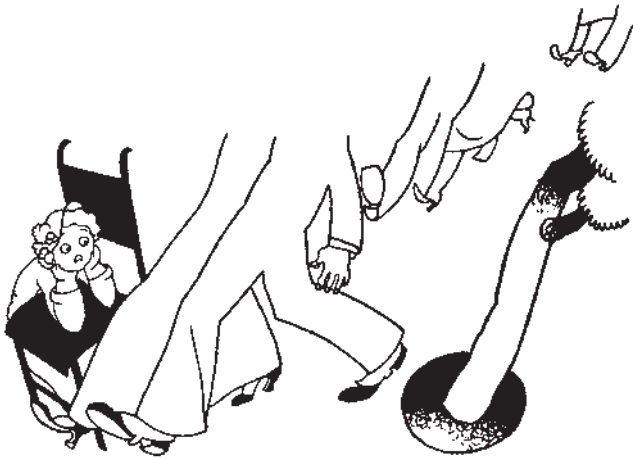
–¡Chist!... Son las señoritas de Ocampo... ¡Eso no se dice, niña!

–Como tú decías...

–No tiene que ver.

Después de ir hasta el final y volver, nos sentamos en las sillas, y el tío se pone a hablar con dos señores que están a su lado.

¡Yo me aburro! Pasan las señoritas de Ocampo, pasan las del vestido azul y las que llevan el quiqui en la espalda. Pasan las del perrito de trapo y las del perro de verdad... El señor de luto, con las dos hijas..., y la mamá de Manolito, con Manolito... Estos ya han pasado tres veces. Parece que buscan a alguien...



Me empiezo a marear, y siento algo raro en el estómago. Pero esta gente, ¿por qué pasa y repasa sin razón alguna? ¿Dónde van? No hay ningún motivo para estar dando aquí vueltas, sin seguir por la Castellana arriba o por el Prado abajo...

¡Dios mío, ya está aquí otra vez la mamá de Manolito! No puedo más. Me pongo de pie y le digo a Manolito, que ya me conoce:

—¿Por qué pasáis tantas veces? Yo no lo puedo aguantar. Hace falta que os sentéis de una vez...

La mamá, que me ha escuchado asombrada, se queda mirándome con la boca abierta; y allí se hubiera estado toda la vida si no le dan un codazo los que pasaban.

—¡Vamos! ¡Pues no me ha ocurrido nunca semejante cosa! ¡Habrase visto! Yo no comprendo nada de esto; vamos, que nada, nada absolutamente...

Pero se sienta un poco más allá, mirándome furiosa.

–¿Qué dice esa señora? –pregunta el tío–. ¿Es que nos conoce?

La señora dice:

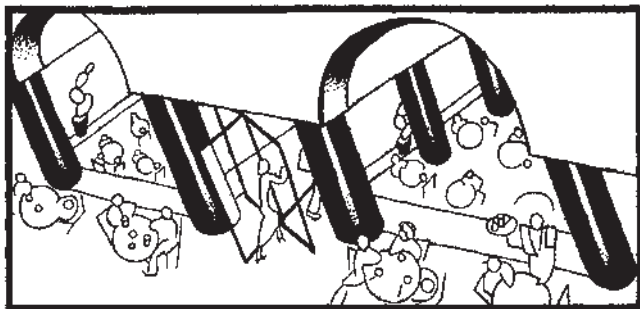
–Debe de ser el carcamal que está con ella el que lo ha mandado decir.

Y el tío, que no la oye, la saluda con el sombrero al ver que le mira.

–¡Vaya usted a paseo! –chilla furiosa.

–¡Es una pobre loca! –dice el tío–. Vámonos a casa, que ya es tarde.

II



Después de almorzar, el tío lee el periódico, y, de cuando en cuando, me mira, asomándose por encima.

—¿Nos vamos al café, pequeña?

¡Qué manía! ¡Ahora que íbamos a jugar al escondite *Pirracas* y yo!

Pero ya el tío se ha levantado y llama a Basíledes para que me ponga el sombrero y el abrigo.

—No puedo parar en casa. Se me caen encima estas cuatro paredes... —dice.

Una, dos, tres, cuatro. Justo: son cuatro, pero no son feas ni parece que vayan a caerse...

El café está en el centro de Madrid. Dentro hay un ruido horroroso, porque todos hablan a voces y están muy enfadados.

—Tío, ¿qué les pasa?

Tengo que repetirlo varias veces, porque no me oye.

—¡Ah! Pues no sé. Es que discuten...

¡Claro, ya lo veo! Y algunos hasta dan puñetazos encima de la mesa.

En una que hay cerca de la pared está don Joaquín, que es amigo del tío, y nos sentamos a su lado.

Don Joaquín me da una palmadita en la cara y no vuelve a hacerme caso.

—¿Ha leído usted el *ABC* de esta mañana? —pregunta en seguida.

El tío dice que sí, y el otro señor le mira fijamente, como si le fuera a pegar.

—¿Y ha visto usted lo que pasa? ¡Esto no se puede sufrir! Y se pone a dar gritos terribles.

El tío sabe lo que pasa, y todos los del café también. La única que no lo sabe soy yo, y procuro hacer memoria... Ahora me acuerdo del dibujo de *ABC*: era una muchacha que había roto muchos platos y el perro corría... Pero no me parece bastante motivo para estar tan enfadados.

Escucho lo que hablan el tío y don Joaquín, y no entiendo nada... En las otras mesas manotean mucho y me parece que hablan de otras cosas...

Un señor viene, coge una silla y se la lleva, diciendo:

—Con permiso.

¡Qué gracioso! Estoy aburrída y cuento las paredes. Una, dos, tres y cuatro. ¡Lo mismo que en casa! Después voy por una silla a la mesa de al lado.

Pero veo otra silla dos mesas más allá y también voy a buscarla.

—Con permiso.

Al volver me encuentro con que han traído el café y el tío mira a todas partes buscándome.



—¿Dónde habías ido? ¿Para qué traes esa silla?

Don Joaquín no le deja seguir preguntando. Está colorado de rabia y empeñado en que todo el mundo trabaje no sé cuántas horas.

—¡Buenas tardes, señores! ¿Y tú, pitusa?

Es el señor Fernández, y se sienta en una silla de las que yo he traído.

¡Qué contento se va a poner cuando vea lo que le voy a regalar!

Todos los días juega con una hilera de terrones, y dice que son la Guardia Civil, o cazadores, o perros. A él lo mismo le da. Yo traigo hoy el bolsillo del abrigo lleno de soldaditos de plomo.

Mucha gente se levanta y se va del café, pero en seguida entran otros, que gritan lo mismo.

Me entretengo un rato en taparme y destaparme los oídos. Es un juego muy divertido, que casi lo había olvidado desde que vine del colegio... Por eso no siento llegar a don Juan, que viene con el señor Carreño, el médico, y que me tapa los ojos por detrás.

—¿Quién soy yo?

—Eres Perico.

—¿Qué confianzas son ésas? —dice el tío.

—Es que este señor es más joven, y como se entiende todo lo que dice, pues yo me creo que es un chico de mi edad...

Todos dejan de chillar para consultarle. Don Joaquín quiere saber lo que le ocurre en la cabeza, que le da vueltas desde ayer.

—Ya sé lo que es —dice el médico—: que la tiene usted a tornillo.

¿Será verdad? Yo tuve un perrito que tenía la cabeza a tornillo y bombones dentro. ¡Cuántos le cogerían en la tripa a don Joaquín si fuera verdad que se le quita la cabeza!...

Luego pregunta el señor Fernández:

—¿Qué será una cosa que me sube y me baja del estómago?

—¡Como no sea un ascensor! —dice Perico.

¡Huy, qué risa! Sería un ascensor pequeñito, como la jaula de un grillo...

Todos dicen que este médico no tiene formalidad.

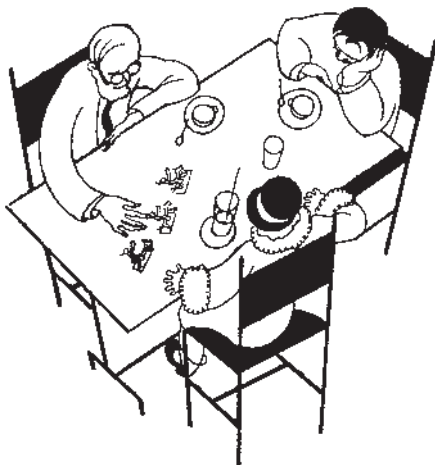
—¡Cómo quieren que los tome en serio si están siempre hablando de trabajar y son unos grandísimos holgazanes!

¡La que se arma! De todas las mesas nos miran. Yo me pongo muy contenta a gritar:

—¡Alirón, pon, pon, pon, pon!

—¿Qué estás gritando, Celia? ¿Es que te vuelves loca? —pregunta el tío.

Al fin se tranquilizan, y ya no nos mira nadie.



Don Juan hace pajaritas de papel y dice: «Digo, digo, digo», pero no dice nada. Es un señor muy callado y muy triste.

Debe de estar así porque el señor Fernández le quita todos los días los terrones para hacer Guardia Civil y se tiene que tomar el café sin azúcar.

Pero hoy no. En cuanto el señor Fernández va a explicar no sé qué y pone en fila los terrones, saco mis soldaditos.

—Tenga usted, señor, para que juegue, que a mí no me gustan.

Todos se ríen mucho, y el tío dice que soy una tonta, pero el señor Fernández se pone a jugar con ellos en seguida, y yo recojo los terrones y se los echo en el café de don Juan cuando está distraído. También le echo un caramelo de menta que he encontrado entre los soldados y que no le puedo despegar el papel.

El señor Fernández explica con los soldaditos puestos en fila unas tonterías que no tienen pizca de sustancia:

–Estas son las fuerzas enemigas. Por aquí veníamos nosotros...

Me parece que es lo mismo que contó ayer.

El tío saca el reloj y dice:

–Son las cuatro. ¿Nos vamos, pequeña?

Todos dicen también que se van y apuran las tazas. También don Juan se la bebe de un trago, y se pone a hacer gestos horribles. Luego se sienta, como si le pasara algo grave:

–¡Digo, digo, digo! ¡Qué malo estaba esto!

El médico se acerca a él:

–¿Qué le pasa a usted, hombre?

–¡Yo no sé qué tenía este café! ¡Era veneno! ¡Digo, digo, digo! ¡Qué malo me pongo!

Pedro le mira riendo:

–Le aconsejo que no se sienta otra vez tan cerca de Celia. Es peligroso.



III



Los domingos, el tío no deja vivir a Maimón, a Basíldes y a mí desde que se levanta.

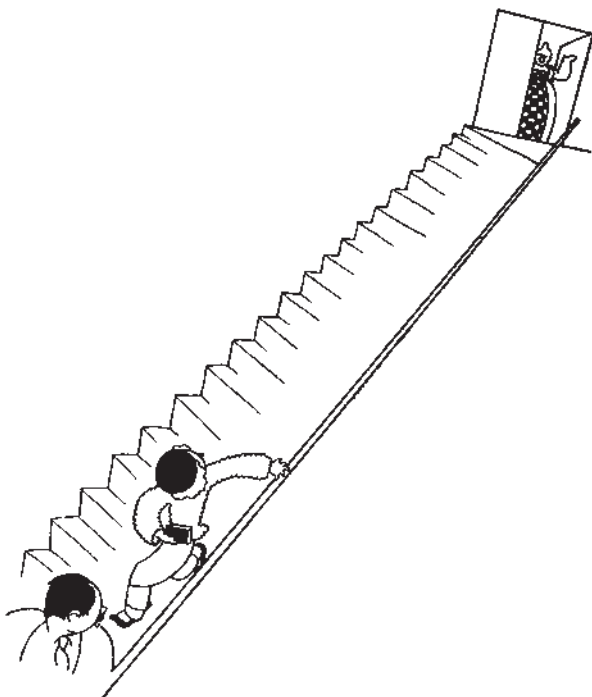
—¡Que hay que vestir a la niña para ir a misa de doce!
Lo repite más de cien veces.

Pero como Basíldes se pasa el tiempo regañando con Maimón y separando a la lechuza y a *Pirracas*, que se pelean, pues no se acuerda de prepararme el baño, ni de peinarme, ni de coserme los guantes, que se me salen los dedos...

—¡Basíldes! ¡Son las once y media, y esta niña sin vestir!...
El tío exagera un cuarto de hora, por lo menos.

Basíldes acude asustada, y todo lo hace corriendo y mal. Me hace salir del baño casi sin mojarme, me peina a repelones, yo lloro y Maimón la llama *suberbiosa*... Por el pasillo me va poniendo la gorra.

—Toma el rosario. Envuélvelo en la muñeca, no se te pierda... El libro..., los guantes, que ya están cosidos...



¿Llevas pañuelo? ¿No? ¡Madre de Dios, que en todo tiene una que estar!

Bajamos por la escalera, y aún me dice antes de cerrar la puerta:

–¡Celia, que no se te olvide aquello, hija!

El tío me mira asombrado:

–¿Qué dice esa estantigua?

–Nada..., no sé..., bobadas...

Aquello es que le rece a San Pascual para que le avise dando golpecitos en la pared y saber cuándo se va a mo-

rir. Yo no entiendo eso. El caso es que siempre se me olvida.

No tenemos tiempo de ir andando por la acera del sol, como quería el tío, y vamos en un taxi.

En la iglesia no hay sitio, ni sillas, ni bancos, ni nada. La gente está de pie, y yo me quedo detrás de un señor muy alto, que tiene un pliegue en el gabán y un botón en la trabilla.

—¡Tíito!

—¡Chist! En la iglesia no se habla, niña.

Le iba a decir que aquí no podemos oír misa, porque ni se oye ni se ve; pero como no me hace caso, juego a que me he caído en un pozo.

Me siento en el suelo para estar más abajo todavía, y miro arriba. ¡Huy, qué bonito! Es el cielo de verdad, con la Virgen, y los ángeles, y San Pedro, y San Marcos...

—¡Celia! ¿Te has caído! —dice el tío levantándose a la fuerza.

Me coge de la mano, y diciendo a los que están delante: «¿Hace el favor, hace el favor?», conseguimos ponernos en primera fila, detrás de los que están sentados.

Ya vemos el altar, y podríamos oír misa, pero no nos podemos sentar, ni arrodillar siquiera.

Y no porque no haya sillas. Delante de mí un señor tiene una silla para poner las manos en el respaldo, y otra detrás para poner el sombrero, y él está de rodillas, jugando con la bola del bastón.

Una señora está sentada en una silla, y tiene otra para poner el bolsillo, y los pies en el travesaño. Y la señorita de luto que está a su lado ha puesto la piel negra colgada del boliche de una silla y está arrodillada en otra.